

ria Zea, al frente del Museo de Arte Moderno en Bogotá, Pilar Moreno de Ángel, directora del Archivo Nacional o Claudia Triana de Vargas, encargada de la protección del patrimonio filmico nacional, entre muchas otras, y apenas como ejemplos para respaldar una afirmación.

Séptima característica: su carácter crítico le ha permitido a esta cultura unificar, en un solo logro creativo, tanto la tradición interna como el influjo foráneo, en un vivaz diálogo. Cultura a la vez mestiza y universal, que ha celebrado por estas fechas, y con diversos motivos, su afán de persistir. En contra de la incertidumbre, propia de tiempos difíciles, ella comprueba, con hechos, cómo hay elementos más perdurables que la desnudez brutal de tantos conflictos como los que aquejan al país. Esta nueva cultura no ignora ni las pugnas sociales, guerrilleras o del narcotráfico. Por el contrario asumiéndolas las afronta y así las esclarece para ir más allá de ellas.

Quince años grabando el futuro

Los quince años del Portafolio Artes Gráficas Panamericanas, realizado por Smurfit Cartón de Colombia, con sede en Cali, son en consecuencia un hito adecuado para introducirnos en el tema de la actual cultura colombiana. Dichos portafolios han contribuido, desde 1972, y de modo indudable, al presente auge de la creatividad plástica colombiana, incluso a nivel mundial.

El mejor historiador del arte latinoamericano contemporáneo, el argentino Damián Bayón, en un libro reciente: *La transición a la modernidad* (Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1989) y haciendo un balance de los últimos veinte años, puede escribir:

Es Colombia la que nos ha deparado mayores sorpresas en estos últimos tiempos. En pintura, con artistas figurativos —Botero el más notorio— que asumen una actitud autocrítica de su propia sociedad; mientras que en escultura, Edgar Negret y Eduardo Ramírez Villamizar llevan la abstracción geométrica a un altísimo nivel (p. 13).

A partir de allí, y en varias páginas, Bayón ampliará su apreciación. Pero lo significativo es la frase inicial. La gran sorpresa, a nivel creativo, que ha resultado ser Colombia. Por ello 140 artistas colombianos, dentro de un gran total de 320 artistas latinoamericanos, que han participado en el mencionado portafolio AGPA, añaden a las mencionadas características de la cultura colombiana otras dos, aun más esenciales.

Octava: *continuidad*. Novena: *calidad*. En el campo del grabado, y ateniéndonos a este amplísimo panorama, geográfico y generacional, podemos saber lo que en verdad está pasando. Y lo que en realidad aconteció. No sólo nosotros los colombianos: tales portafolios se destinan, básicamente, a ser donados a instituciones culturales del país y del exterior.

Dos décadas fructíferas

Si la década de los 70 fue la del auge del dibujo y grabado ello implicó también amplios procesos de participación colectiva, a nivel estético, permitiendo, además, que la clase media tuviera acceso directo al mercado del arte. No una obra única, acaparada. Sí una obra múltiple, compartida.

Por ello no es extraño que en los años 80, como lo señaló el crítico y conservador Miguel González, si bien la pintura y el objeto recobran sus prerrogativas, son el video, la fotografía, la arquitectura utópica o de ficción, y el diseño industrial, los que dilatan nuestros marcos de referencia. Sólo que el grabado fue la punta de lanza que sirvió de estímulo a tal variedad.

Fue el grabado el que obligó a muchos artistas a cambiar sus esquemas, experimentando con sus técnicas. Y le dio a su tarea una resonancia mucho menos claustroal. Los obligó a interesarse por el otro, a salir de sí mismos. Tal el caso, por ejemplo, de Juan Antonio Roda, un artista español trasterrado y nacionalizado colombiano, un pintor maduro al cual el grabado, a partir de 1971, enriqueció, revelándole facetas desconocidas de su propio mundo. Lo onírico, en su caso, afloró.

Si bien varios aprendieron por sí mismos las técnicas y magias del grabado, otros recurrieron a los talleres especializados, ampliando el circuito. De ahí que al ser convocados, a lo largo de estos quince años por AGPA, cada cual experimentó una tentación y un desafío. Corrió un riesgo, y sin riesgos no hay arte que valga. El saldo, más allá de cualquier juicio estético pormenorizado, es muy favorable. Al crecer, nuestra sensibilidad maduró.

De ahí que la revisión historicista de los años 70, tratase de la forma como había sido visto el paisaje o de insólitas precursoras revulsivas, como caso de Débora Arango, haya dado paso a una internacionalización urgida durante los años 80, que a la larga no es más que una explosión de vitalidad. Así hemos pasado del arte conceptual al ecológico y del arte del cuerpo a la trasvanguardia, con su rescate

de un expresionismo salvaje, inconcluso en su gesto y desaforado en su color.

Sólo que esta violencia expresiva va acompañada de un discurso crítico que la esclarece: dos revistas especializadas en arte: *Arte en Colombia*, que ya sobrepasa los 42 números y *Arte*, la revista del Museo de Arte Moderno de Bogotá. Proliferación de galerías. La incorporación de escuelas de Bellas Artes a las universidades, con pleno reconocimiento de su status académico: universidades Nacional y de los Andes. Y la percepción, acercándonos a fin de siglo, de cómo el trabajo sobre nuestra propia historia, de lo prehispánico a la más acuciante actualidad, continúa permeando a nuestros artistas y demandando su atención. El tiempo del arte no es el tiempo de la política, y menos hoy en día, cuando los muros dogmáticos caen a tierra, bajo el impulso alegre de la gente. Del mismo modo los artistas colombianos fueron abandonando cualquier consigna partidista (pro Cuba, pro China) para medir sus fuerzas en el terreno más arduo por definición: el de sucumbir o perder. El de crear.

Por ello en 1989 dieciséis artistas vuelven a apostar, en el nuevo portafolio AGPA, encabezados por Alejandro Obregón. Aquí se hallan representadas todas las generaciones activas en nuestro horizonte, desde los nacidos en 1920 hasta los más recientes. Algunos como Enrique Grau, exploran con coqueta nostalgia el pasado mientras otros, como Lucy Tejada, advierten muy bien cómo entre el sueño y la realidad apenas si existen fronteras. Con Leonel Góngora el erotismo se agudizó, a través de sus punzantes mujeres y con María de la Paz Jaramillo las relaciones de pareja y la música popular (bolero, tango y salsa) hallan, en el estridente ritmo de sus colores *fauve*, una desarmonía cabal. María de la Paz Jaramillo no descubrió la trasvanguardia en las revistas internacionales de arte. Por el contrario: la trasvanguardia terminó por descubrirla a ella, pionera en su arrojo y capacidad de superar lo convencional.

A unos, como Luis Caballero, les preocupa el cuerpo y las agónicas contorsiones de una violencia sensual ejerciendo su dominio sobre él, entre delicia y dolor. A otros, como Umberto Giangrandi, maestro indudable de muchos grabadores, y Augusto Rendón, pudo obsesionarlos, en algún momento, lo determinante del contexto social, pero siempre desde una óptica personal y ésta es la que prima en la totalidad del conjunto.

Al encargarles a dieciséis artistas reconocidos una nueva obra, AGPA Smurfit Cartón de Colombia ha brindado al arte colombiano la magnífica oportunidad de interrogar-

se a sí mismo en tenso diálogo con el mundo. Le ha ofrecido la posibilidad de sorprendernos con algo imprevisto. El talento, la gracia, la tradición que se vuelve novedad: nada de ello es muy factible medirlo en forma estadística. Por ello, al esbozar el cuadro inicial dentro del cual se mueve la actual cultura colombiana, siempre he tenido presente, sin mencionarlo, que el factor clave siguen siendo los artistas.

Con un papel hecho en Colombia, y ojos, mente y manos provenientes de aquí, estos trazos se van cargando de sugestivos mensajes. La misión del cronista consiste apenas en abrir el apetito. Reconocer lo que existe y manifestar su admiración. Aventura individual y empresa privada se cruzan en un fecundo punto: allí donde durante quince años se ha grabado el rostro de un país. Mirémos en él: son nuestro mejor estímulo. La referencia que sí nos identificará.

La insólita Casa de Poesía Silva

Si el signo distintivo de la cultura colombiana ha cambiado, diversificándose, esto no quiere decir que Colombia olvide una de sus tradiciones más preciadas: la poesía. Sólo que hoy la poesía colombiana ha encontrado nuevos espacios propicios.

Fundada en mayo de 1986 por el presidente Belisario Betancur, la *Casa de Poesía Silva*, una casa de 1720 situada en el tradicional barrio La Candelaria fue, en el pasado, la última morada del poeta José Asunción Silva y hacia 1930 residencia transitoria del poeta Aurelio Arturo. Es ahora, remodelada, cuando se ha convertido en el más activo motor en pro de la poesía. Si bien allí, en un pequeño cuarto de 3,30 metros por 4, Silva escribió su célebre *Nocturno*, hoy todos sus cuartos, corredores e incluso patio, están al servicio de la misma. Respetando sus estructuras originales, y en una grata y tonificante atmósfera colonial, de piedra, madera y flores, se halla conformada por biblioteca, fonoteca, auditorio, siendo cada uno de sus muros y salas testimonio vivo de los poetas colombianos muertos, trátese de Porfirio Barba Jacob, Rafael Maya o Eduardo Carranza. Precisamente una hija de este último, María Mercedes Carranza, la dirige desde su fundación, con renovado ímpetu.

Un balance de lo realizado en 1989 es elocuente por sí mismo: *biblioteca*: la casa cuenta con cerca de 4.000 volúmenes, especializándose en el tema de la poesía. Número

de usuarios: 11.230. *Fonoteca*: la casa cuenta con 600 horas de grabación: voces de poetas, interpretación de poemas clásicos por lectores profesionales, conferencias y mesas redondas sobre el tema. Número de usuarios durante 1989: 9.720. *Talleres*: en 1989 la *Casa de Poesía* organizó siete talleres, uno de los cuales se realizó en Cartagena. Cuatro de ellos fueron libres, otro para profesores de literatura, otro para adolescentes y otro para niños. Duración y frecuencia: seis meses, dos horas y media semanales. Número de personas beneficiadas: 211. *Auditorio*: la casa cuenta con un auditorio en el cual se realizan lecturas de poemas, presentaciones de libros y conferencias. Actos realizados en 1989: 28. Número de asistentes: 4.360. *Visitas guiadas*: la casa realiza visitas guiadas para grupos escolares y universitarios, previa cita. Número de grupos atendidos durante 1989: 161. Número de personas beneficiadas: 7.245.

Además de los servicios anteriores, abiertos al público en general y prestados en forma gratuita, la casa tiene una librería, donde al igual que en su biblioteca, obras originales, ensayos, antologías, biografías e historias en torno a la poesía se ofrecen al público, al igual que casetes, postales, afiches y revistas.

Una de estas últimas es, por cierto, la revista de la *Casa de Poesía Silva*, en la cual, y con un mínimo de doscientas páginas, se selecciona el material más interesante presentado en la casa, en una suerte de anuario. Ya han aparecido tres números. Pero en el mundo de la imagen, la palabra impresa debe convivir con la referencia visual. Por ello la casa ha iniciado una videoteca y ha comenzado a producir videos de veinticinco minutos sobre la vida y obra de poetas como Luis Vidales, Jorge Rojas y Mario Rivero.

De este modo la poesía no se encierra en sí misma. Su fervor se ha contagiado ampliándose al ámbito nacional. Dos eventos poéticos, titulados «La poesía tiene la palabra», han ocupado otros recintos, en Bogotá, en 1987 y en Medellín en 1988 con una asistencia de 5.000 y 8.000 personas respectivamente. La elección del mejor verso de la poesía colombiana, y el mejor verso de amor de la misma, han sido estímulos para convocatorias tan amplias, durante las cuales el público asistente y los medios de comunicación comprobaron, asombrados, cómo la poesía todavía tiene mucho por decir en épocas de crisis. Eso mismo se comprobó en diciembre de 1989 cuando un filósofo, Danilo Cruz Vélez, y diez poetas, Fernando Charry Lara, Fernando Arbeláez, Rogelio Echavarría, J. Mario, Jaime García Maffla, Miguel Méndez Camacho, Juan Manuel Roca,

María Mercedes Carranza, Darío Jaramillo y J. G. Cobo Borda, se reunieron ante un público atento y numeroso a celebrar en la Casa Silva los 100 números de una revista de poesía, que cada dos meses y durante diecisiete años, ha abierto sus páginas al diálogo creativo a partir de su inicio en enero de 1973. Se trata de *Golpe de Dados*, revista de poesía dirigida por Mario Rivero. Ella, que merece una crónica aparte, corrobora el esfuerzo de la insólita *Casa de Poesía Silva* y muestran ambas cómo Colombia, país de contrastes, continúa su indeclinable propósito de mantener viva su cultura. Una cultura, cómo no, llena también de estimulantes contrastes. Entre los criminales atentados y los debates políticos el hilo de oro de la poesía mantiene férreamente unida a Colombia con lo mejor de sí misma.

**Juan Gustavo
Cobo Borda**

Carta del Perú

En 1987, el anuncio de un extraordinario hallazgo arqueológico en el Perú asombró a legos y a especialistas de todas partes. La cultura mochica, una de las que mayor de-